

ESE NIÑITO

Nunca pensó el señor cura las consecuencias que su acto tendría en el pequeño Vladimir. Vladimir era un niño campesino, hijo de una modesta familia de inquilinos, y solo conocía del mundo lo que podía observar en su caminata diaria a la escuela parroquial, distante algunos kilómetros de su casa. Su inocencia era tal que no le permitía cuestionar, ni remotamente, la autoridad de su hermano mayor, ni la del dueño del fundo, al que veía como un benefactor, ni menos la del sacerdote, para él un ser intachable, casi una deidad. Cursaba Cuarto de Preparatoria. Tenía tan solo 8 años. Sufría la “enfermedad de los reyes”, lo que acrecentaba su timidez, y las dolencias le hacían caminar lento, a un ritmo que sus compañeros no soportaban y siempre lo dejaban atrás. En ese diario transitar pausado, en solitario, Vladimir observaba el entorno, el callejón de tierra, la silueta de los árboles, su propia sombra que iba delante de él; escuchaba el canto de los chincoles y el ronco susurro del río; gozaba del rocío; pensaba en cosas alegres, del momento. El horizonte de su vida era la escuela.

Lo que vivió ese día lo tomó con resignación. No reclamó. Aceptó lo que el señor cura hizo con él. Mantuvo en reserva el hecho, diríase que lo ocultó en su subconsciente, pese a lo humillante que resultó. En verdad, Vladimir no supo discernir, en ese momento, si lo que le ocurrió era bueno o malo, solo lo consideró normal. No tuvo conciencia del abuso del que fue objeto.

Con el tiempo, notó que algo raro pasaba con sus motivaciones, inquietudes y sensaciones. Claramente estaba confundido. Parecía estar poniéndose a prueba constantemente, como queriendo demostrar que lo que sucedió aquella mañana fue injusto, una deshonra que recién ahora, poco a poco, iba admitiendo. Una sensación de vulnerabilidad que se esmeraba en superar.

Logró romper la tradición del chuzo y la pala, y emigró a la ciudad, se tituló y formó familia. Sin embargo, un pensamiento lo agobiaba. Solo él sabía de qué se trataba.

En la capital vio abrir y cerrar miles de veces la misma vereda. Conoció el sin sentido de la prisa, la imposibilidad del recogimiento, procesiones y consignas al revés de los rosarios, ciegos no vistos, mendigos no escuchados, titulares en rojo que a poco de leídos ya no interesaban, noticias y noticieros a cada instante, de hechos que no

siempre eran tales. Largas horas de taco, tosiendo smog, jaguar de trapo. Vendedores ambulantes y maratonistas de corbata, siluetas de árboles idos, cables, mochilas, celulares y asaltos, luces de neón, y autos, muchos autos.

Sin duda, un mundo que le era hostil. Y de nuevo el recuerdo.

La sala estaba repleta. Ya la comisión examinadora había emitido su veredicto. Con satisfacción contenida, acostumbrado a reprimir las emociones, a obedecer sin chistar, a escuchar sin preguntar, Vladimir escuchó su nombre y su nota: Un siete en Castellano. Instantáneamente imaginó a su madre alegrándose, a su padre satisfecho, y a él mismo siguiendo la huella de sus hermanos. Con eso pasaba de curso, obteniendo un simbólico primer lugar. Pero no. Tan pronto como escuchó su nota, se oyó la autoritaria voz del sacerdote, director de la escuela, objetando el veredicto. “Ese niñito no se merece esa nota”, sentenció, y la bajó a un cinco, sin mayor explicación, contradiciendo a la propia comisión examinadora sin que ésta pusiera reparo.

Docente, por vocación, Vladimir procuró enseñar a ser feliz. Funcionario, por obligación, durante años tomó decisiones en frágiles copas de esquivo criterio y cual

espantapájaros burócrata controló negocios de ajenos. Dejaba la oficina bien entrada la penumbra, otra jornada, alta en productividad, escasa en sentimiento, y raudo emprendía el regreso a casa entre susurros en la inercia de gente enjaulada, respiración contenida y evasión de la mirada, tragándose el espacio indiferentes, ansiosos de estaciones subterráneas.

Logró televisión, auto, casa propia, en el orden impuesto por la sociedad.

Ya jubilado, una tarde su hijo mayor llegó a visitarlo. Venía eufórico. Te felicito viejo, le dijo. Sorprendido, Vladimir sólo atinó a encogerse de hombros. Mira la noticia viejo. Eres portada. Acabas de ganar el concurso de cuentos al que tanto aspiraste. Se fundieron en un abrazo. Conmovido, apretando los puños, Vladimir musitó: siempre lo supe, ese niño se merecía el siete.